

Editorial

**COMO LA LLUVIA Y LA NIEVE DEL CIELO
EMPAPAN LA TIERRA
Y LA FECUNDAN...**

(Is 55, 10)

Desde que en 1963 los Padres del Concilio Vaticano II, con un gesto que bien podríamos calificar de profético para aquel entonces, determinaron que debía “proveerse a una reforma general de la Liturgia para que el pueblo cristiano obtuviera con mayor seguridad gracias abundantes” (Sacr. Con. 21) las celebraciones cristianas han ido cambiando de tal forma su rostro, que hoy nos parecerían inimaginables no pocas de las prácticas que hace sólo 10 años eran tenidas como totalmente normales. Difícilmente los Padres del Concilio, que tanto dudaron y discutieron —para poner un solo ejemplo— de si era oportuno admitir *en algunas ocasiones* la lengua del pueblo en la Liturgia, hubieran imaginado hasta qué punto en unos pocos años se desarrollarían unas semillas en aquel entonces tan tímidamente sembradas.

En estos 10 años que nos separan de la promulgación del primer documento conciliar la liturgia ha cambiado profundamente y no sólo en su ropaje externo de fórmulas y ritos —aspecto sin duda el más visible— sino incluso en la manera con que es vivida y asimilada por las diversas comunidades y personas que la celebran.

Uno de los aspectos más enriquecedores de esta reforma lo constituye sin duda la mayor variabilidad que presentan los formularios de los nuevos libros litúrgicos, *amén* de la abundancia de lecturas bíblicas —la casi totalidad de la Escritura es proclamada actualmente en las diversas celebraciones— también los textos eucológicos han aumentado notoriamente: bastaría recordar, como ejemplos, las colectas del ciclo pascual (de 13 han pasado a más de 50),

o las de adviento (de un formulario por semana se ha pasado a uno por día), o las oraciones del santoral (que ofrecen ahora por lo menos una colecta *propia* para cada santo), o los prefacios (de 15 han pasado a más de 80), o las oraciones conclusivas del Oficio (que habitualmente son ahora distintas para cada una de las horas del día).

Como era de esperar esta abundancia de textos ha sido recibida con agrado y va influyendo no poco en la espiritualidad de quienes participan en las celebraciones. Además la misma experiencia de que la variación de los textos enriquece y evita la rutina va suscitando, un poco por todas partes, el deseo de enriquecimientos mayores aún, con los que la celebración se haga cada vez más nueva, más sugestiva y más cercana a la vida de quienes participan en la liturgia.

Pero, junto a este hecho positivo, puede presentarse —y de hecho se está presentando en no pocos lugares— un fenómeno que, a no remediarse empobrecerá notablemente las celebraciones: nos referimos a que el interés por encontrar nuevas formulaciones no se ve siempre acompañado por un esfuerzo similar en profundizar y gustar los textos. Si sólo es el esfuerzo por encontrar nuevas fórmulas el que acapara nuestro interés la superficialidad invadirá la celebración y una especie de nuevo rubricismo —no de ceremonias pero sí de fórmulas y oraciones— se enseñoreará de la Liturgia, hasta tal punto que la misma variabilidad de las fórmulas, en lugar de ser ayuda, servirá más bien de impedimento a la oración y contemplación del mensaje.

Tres tipos de respuestas a la encuesta que mandamos a los subscriptores de Oración de las horas nos han hecho temer que se diera algo de este fenómeno; aunque, a decir verdad, son muy pocos quienes han dado tales respuestas —sólo unas pocas contestaciones aluden a estos fenómenos— la importancia de este problema nos parece justificar las reflexiones de esta Editorial:

a) Algunos se quejan de que las moniciones sálmicas resultan excesivamente largas: los textos que ofrecemos no son realmente cortos; pero, en el momento actual, si se trata de incorporar a la propia oración los conceptos y el dinamismo de la oración bíblica tan lejana en la mayor parte de casos de las maneras de orar en los

que la mayoría fueron formados, ¿no es necesario una pausa reposada, una profundización contemplativa y orante para que los textos penetren en nuestro espíritu y luego se transformen en plegaria, aunque ello sea a base de unas introducciones que pueden tener más de pequeña homilía que de simple monición? (ibídem?, 22-21) "nab

b) Otros desean una monición para cada uno de los salmos. Nuestro propósito es ciertamente ofrecer un comentario para cada uno de ellos, pero la pedagogía de la profundización de los textos exige, creemos, que más que dar ya desde el principio una pequeña monición para cada salmo, se haga el esfuerzo de ir penetrando en profundidad, progresivamente, en un lapso de tiempo más o menos largo, los textos más usados en la celebración. ¿No está latente el deseo de tener, ya desde el principio, una monición corta para cada salmo, el prurito de estar "a la page" y hacer "lo que hoy se estila", sin que falte nunca antes de cada texto una monición, aunque ésta no llegue a inbuirnos en el contenido orante del salmo?

Un último grupo de respuestas nos ha sorprendido: el de quienes nos dicen usar sí las moniciones sálmicas pero no las colectas. Supuesta una recta inteligencia del salmo, no hay duda de que las colectas sálmicas son uno de los mejores instrumentos para lograr la actualización de una plegaria inspirada hace siglos por el Espíritu. ¿No será falta de profundización el no haber descubierto la riqueza que incluyen el uso de tales colectas? Ciertamente es más usual hoy hacer moniciones antes de los textos bíblicos que usar colectas al final de los mismos: el hecho de que las moniciones se prefieran a las colectas, ¿no será simplemente indicio de que con facilidad nos dejemos llevar simplemente "por lo que hace todo el mundo" sin llegar a una auténtica penetración del sentido y posibilidades que debe o puede tener cada una de las partes de la oración?

Escoger para cada una de las celebraciones un texto bíblico determinado —un salmo, una lectura— y profundizarlo pausadamente en el curso de la misma celebración es, creemos, la mejor manera para lograr que todo el Oficio se vaya impregnando de auténtica oración y se vayan desdibujando las —con frecuencia algún tanto demasiado rígidas— fronteras entre oración litúrgica y oración mental. Usar para ello unas veces una monición, otras una colecta, otras ambos

elementos, acompañados siempre de un *breve* silencio pensamos que es la manera ideal para lograr que, poco a poco, todas las fórmulas litúrgicas vayan penetrando y vitalizando nuestro espíritu, “como la lluvia y la nieve del cielo que empapan la tierra y la fecundan” (Is 55, 10)

P. F.